



El mundo
de
Sarah
Coliner

T. Rubio

**El mundo de
Sarah Coliner**

T. Rubio

© 2018, T. Rubio

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Reservados todos los derechos, incluido el derecho de venta, alquiler, préstamo o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar.

ISBN: 978-1722894016

Imagen de la portada: Pixabay

El mundo de Sarah Coliner



T. Rubio

*A mi familia,
por haberme apoyado
y haber confiado siempre en mí.*

I

Vagoneth, 1903

Una vez leí que la felicidad está dentro de uno mismo y que, estamos tan ocupados buscándola fuera que no nos damos cuenta de que ya la llevamos con nosotros mismos. Soy Sarah Coliner y voy a contar la historia que cambió mi vida para siempre.

Mi madre me estaba esperando en el jardín, para ir a desayunar. Soy un poco desastre y todavía no había recogido del todo la habitación, pero tenía hambre.

Bajé las escaleras a toda prisa y salí al jardín. Allí, mi madre, me esperaba sentada en la blanca mesa del jardín. Iba vestida de verde, a juego con la vegetación que adornaba nuestro jardín. Esta mañana, estaba realmente radiante, con los rayos del sol alumbrándola.

La saludé y me senté en la mesa. Había encima de la mesa: zumo de naranja, fruta fresca y tortitas. De toda la fruta que podía ver, elegí una manzana.

—Sarah, hoy por la tarde vendrá el duque David Hiseld. Vendrá con su hijo, Peter. Sería una buena oportunidad para que os conocierais. ¿Qué te parece? —dijo mi madre, Prudence.

Yo no sabía que contestar, realmente no quería conocer a nadie. Sólo me apetecía pasar la tarde montando a caballo, porque los caballos, eran de manera absoluta, mi pasión. Montaba desde que tenía ocho años. Tenía un caballo, Lynn, me lo había regalado mi padre por mi cumpleaños. Era blanco, muy suave y era increíble.

Mi madre, me miraba fijamente, tenía que ofrecerle una respuesta.

—Me parece bien —respondí.

En realidad, no quería conocer a nadie.

Mi familia, era muy amiga de los Hiseld y el hijo de David Hiseld, Peter, había estado fuera mucho tiempo estudiando y ahora, había vuelto al condado. Mi madre, pensó que era buena idea que yo lo conociera. Pensó, que estaba

demasiado ocupada con mi caballo y todas mis demás tonterías y que me vendría bien conocerlo, pero a mí no me apetecía.

—Estupendo —dijo mi madre.

Sentí que mi madre no había notado mi incomodidad. Respiré aliviada y continué comiendo la manzana. A cada bocado que le daba a la manzana, mi mente, iba pensando en que hoy tendría que conocer a un extraño para mí como era Peter Hiseld, y no podía negarme.

Subí a mi habitación a continuar recogéndola y me fui imaginando cómo sería Peter. ¿Será guapo? ¿Será simpático? ¡Pero qué tonta! Que sea como quiera ser... A mí que más me da, sólo voy a hacerle un favor a mi madre.

Hice la cama a regañadientes y me puse un vestido rosa para irme a tocar el piano como cada mañana.

Antes de abandonar la habitación y dirigirme hacia el gran salón del piano, llamaron a la puerta. Abrí la puerta y pude observar el siempre rostro dulce y joven de Amber, ahora preocupado.

—Sarah. ¡Ven corriendo! —me dijo.

—¿Qué pasa? —dije asustada.

—Tu caballo, Lynn, está en el suelo.

—¿Cómo? —dije sobresaltada.

Bajé corriendo las escaleras y me dirigí a toda prisa al establo, con el corazón en un puño. El camino se me estaba haciendo eterno y mi angustia no hacía más que aumentar por momentos. Cuando por fin conseguí llegar, mi adorado Lynn yacía en el suelo.

—¡Qué ha pasado! —dije presa del pánico.

—No lo sé, vine a limpiar el establo y lo vi en el suelo.

—¡Voy a avisar al veterinario!

Corrí a por el teléfono y llamé al número del veterinario Paul. Por el teléfono, me dijeron que el veterinario Paul no estaba disponible y que iba a venir otro veterinario. Le dije nerviosa que era urgente y que fuera quien fuera, viniera rápido. Corrí de nuevo al establo y toqué a mi caballo, tenía pulso y respiré aliviada. Al verlo en el suelo me temí lo peor, pero me alivió descubrir que aún respiraba. Me quedé acariciándolo hasta que, por fin, la llegada del veterinario puso fin a mi angustia.

—¡Es aquí! —dije metiéndole prisa al nuevo veterinario.

—Hola campeón, vamos a ver qué te pasa —dijo el veterinario acercándose a mi caballo.

Lo dejé trabajar y esperé fuera, mordiéndome las uñas.

Con la preocupación de tener a mi caballo tendido en el suelo no podía parar quieta, me movía de un lado a otro sin parar, esperando por fin obtener información.

Cuando por fin acabó de atender a Lynn, el veterinario vino hacia mí.

—Hola, tú debes de ser la encargada del caballo.

—Sí. Dime, ¿qué le pasa?

—Parece que tiene estrés. Ha hecho demasiados esfuerzos. Ahora está mejor, le puse un calmante. Vendré a verlo mañana para revisarle y ver cómo evoluciona.

—Gracias —dije suspirando.

—No me las des. Es mi trabajo.

Al fin podía respirar tranquila y fue entonces, cuando con más calma, pude fijarme bien en el nuevo veterinario. Era castaño, alto, delgado y con los ojos verdes. Llevaba una camisa gris y unos pantalones negros. Me pareció un tipo extraño, pero había algo en su mirada que me resultaba tierna.

—Es usted muy joven —le dije cuando estaba recogiendo sus cosas y ya se preparaba para irse.

—Tú también lo eres.

—Sí, pero me sorprendió. Estoy acostumbrada a Paul.

—¿Y qué quieres decir?

—Nada. Bueno sí, que no esperaba encontrar a alguien tan joven.

—Ni yo a una mujer tan hermosa.

Me sonrojé, no esperaba escuchar ese cumplido.

No quería hacerle perder el tiempo conmigo y además, seguro que tendría mucho trabajo.

—Gracias. Bueno, no le entretengo más, debe usted tener mucho trabajo.

—Vale, y para la próxima vez, puedes tutearme.

Lo vi marchar desde la puerta del establo, por el jardín y andé hacia dentro del establo para ver a mi caballo. Lo acaricié y me quedé mirándolo apenada, no quería verlo mal, me dolía verlo mal. Me sentía culpable, quizá estuviera ahora así por mi culpa. No debí haberle exigido tanto. No debí haber paseado tanto con él por el bosque.

—Sarah. ¡Qué haces aquí! ¡Tendrías que estar en tus clases de piano! —gritó mi madre, Prudence asomándose desde la puerta del establo.

—Mamá, el caballo se encuentra mal y estoy aquí con él, cuidándolo —

balbuceé.

—Sarah, no. Ve ahora mismo a clases de piano.

Mi madre parecía no entender nada. Ella, quería que fuera a clases de piano y que cumpliera de manera obligatoria con todas mis responsabilidades diarias, pero esto era una emergencia. Lynn me necesitaba, ahora más que nunca. ¡No podía abandonarlo!

—Mamá, tengo que cuidar de Lynn.

—Sarah, no tengo tiempo para tonterías. ¡Sube a clases de piano!

Al oír esas palabras supe que no tenía nada que hacer, así que, dejé a Amber al cuidado de Lynn y fui hacia las clases de piano. El señor Belmont era quien impartía las clases. Era un señor mayor, con gafas redondas y cabello corto blanco. Tenía una voz insoportable y un genio demasiado fuerte. Venía a casa por las mañanas a enseñarme a tocar el piano de mi padre.

Entré en la sala y allí estaba él, esperándome, tan serio como siempre. Me senté al piano, seguí sus indicaciones y comencé a practicar.

Nada me estaba saliendo bien ¡Yo no era muy buena tocando el piano! Los dedos se me trababan y no lograba alcanzar una buena velocidad.

—¡No has aprendido nada desde la última semana!

—Hago lo que puedo, señor Belmont.

—No eres como tu padre. ¡Él, sí tenía talento a tu edad!

Esas palabras me dolieron en lo más profundo de mi alma.

Me marché a mi habitación mientras pensaba una y otra vez en las palabras del profesor Belmont. Yo no era mi padre; ni tocaba el piano tan bien como él, ni había estudiado medicina como él. Yo era yo y no podía ser comparable a él, ni a nadie más.

Me preparé para darme un baño. Toqué el agua, estaba templada y a temperatura agradable, así que, entré a la bañera. El agua parecía limpiar también mis pensamientos.

Salí de la bañera y me puse un vestido amarillo de flores. Dejé mi largo cabello pelirrojo, suelto, para que se secase al aire.

Cuando me estaba poniendo los zapatos, Amber, llamó a la puerta.

—A comer, señorita Coliner.

—¿Cómo está Lynn?

—Bien, no te preocupes por eso. La señora Prudence, quiere que ahora vayas a comer.

Bajé las escaleras y me dirigí hacia el comedor. Allí estaban esperándome

mi madre Prudence, mi padre Charles y mi hermana Katherine. Me senté en la silla y Amber me sirvió la comida.

Cuando me sirvió, comenzamos a comer.

—Así que, hoy vienen los Hiseld —dijo fascinada mi hermana Kate.

—Sí, así es, quiero que conozcáis por fin al hijo de David Hiseld —dijo mi madre.

—¿A qué hora vendrán? —dije yo.

—A las seis —me respondió mi madre.

Mi padre, interrumpió para hablar. Se le notaba tenso y abrumado, como si no quisiera que vinieran.

—Es muy pronto.

—¡Ay Charles! No digas tonterías —respondió mi madre.

Acabamos de comer y fui a ver a Lynn. Mi adorado caballo estaba dormido. Estaba sedado y tranquilo por el calmante que el joven veterinario le había inyectado. Me quedé junto a Lynn, acariciándolo porque se lo debía, ahora debía estar con él. Pensé que no debí exigirle tanto, pues él no nació para servirme a mí. Quería mucho a ese caballo y esto que le había pasado me había hecho pensar en la idea de que no soportaría perderle.

II

Me fui hacia el jardín y contemplé las rosas rojas que tanto me gustaban. Contemplé también la fuente donde muchos pájaros iban a beber. Me senté en el banco de enfrente de la fuente sólo para disfrutar de este momento y conectar con la naturaleza.

Cuando entré a casa e iba hacia las escaleras, mi madre bajaba de ellas, vestida con un vestido rojo y llevando un paso bastante acelerado.

—Sarah, arréglate un poco mejor. Haz algo con ese cabello...

—¿Qué le pasa?

—Parece un nido de pájaros. ¡Qué pensará de ti Peter cuando te vea!

Mi madre no tenía razón, pero no me atreví a cuestionarla. ¿Quién era ella para decirme nada de mi cabello? Sí, era mi madre, pero el cabello era mío. Un comentario así puede hacer sentir mal a cualquiera, y yo no era la excepción, a nadie le gusta que se metan con algo suyo.

Mi cabello ondulado y pelirrojo era algo característico en mí. Hoy no me lo había secado como de costumbre, lo había dejado secar al aire y se me debía haber quedado fatal pero eso no era problema para mí.

—Lo que piense Peter, será problema suyo —respondí.

Me pasé por la cocina a saludar a Amber, mi adorada amiga. Estaba preparando ya los aperitivos para la reunión social con los Hiseld. Amber era más o menos de mi edad, yo no quería que me viera como alguien inaccesible, así que, la consideraba mi amiga. Trabajaba para mis padres pero yo no estaba por encima de ella. Era la empleada de hogar desde hacía dos años. La empleada de esta enorme casa, que contaba con un gran jardín y dos plantas. Unas grandes escaleras blancas separaban las dos plantas, escaleras que yo siempre recorría. Ya me sabía de memoria los escalones que tenía.

—¡Hola, Amber! ¿Cómo va?

—Hola, Sarah. Bien. ¿Ya estás lista para recibir a los Hiseld?

—Sí, ya estoy lista.

—Estás preciosa —me dijo Amber sonriendo tímidamente.

La dejé continuar con su faena y me fui hacia el salón. Allí, pude ver

sentada en uno de los sofás a mi hermana, Kate. Estaba muy elegante con un pomposo vestido verde y un colgante verde rubí a juego que había heredado de la abuela. Llevaba su cabello negro recogido con un gran moño. Yo, en cambio, iba con mi cabello alborotado, según mi madre. Llevaba también mi pomposo vestido amarillo de flores con un bordado en el escote. No debía llevar el cabello suelto en estas reuniones sociales, pero yo, era yo.

Me senté junto a Kate a esperar en el sofá.

—¡Vaya cabellera más rebelde llevas!

—¿No te gusta?

—Está horrible.

¡Qué graciosa, mi hermana Kate! A mí no me gustaba su moño y no se lo decía. ¡Ella también tenía defectos! No quería entrar en líos y además, los invitados estaban a punto de venir, así que, me contuve y me quedé callada esperando a los Hiseld.

A los diez minutos, apareció el señor Hiseld, acompañado de un joven de pelo oscuro. Pude fijarme bien en él; tenía la piel clara, era alto y delgado. Tenía los ojos y el cabello oscuros. Pensé que debería ser Peter.

—Este es Peter Hiseld —dijo mi madre.

Me quedé mirándolo. Tal y como sospechaba, ese era Peter Hiseld. Era atractivo y parecía presumido a simple vista.

—Hola, Peter Hiseld. Soy Katherine Coliner, pero puedes llamarme Kate —se apresuró a presentarse mi hermana.

—Hola, Kate. Mucho gusto —dijo Peter mirando a los marrones ojos de mi hermana.

—¿Y usted es? —dijo Peter mientras me miraba, percatándose de que yo también estaba ahí.

—Es mi hermana, Sarah —dijo Kate, sin dejarme responder a mí.

—Soy Sarah Coliner.

—Encantado de conocerla —dijo sonriente mientras me miraba—. Me gusta su cabello.

Me sonrojé. ¡Peter había dicho que le gustaba mi cabello!

—Chicos, por qué no os vais al jardín a charlar tranquilamente y os vais conociendo, mientras nosotros nos quedamos aquí —dijo mi madre.

Nos fuimos hacia el jardín y ellos iban hablando, conociéndose y compartiendo bromas y confidencias.

Yo iba detrás de ellos, pensando en mi caballo Lynn y sintiéndome

culpable, cuando de pronto, tropecé con una rama que había en el suelo y caí.

—¿Está usted bien? —dijo Peter mientras me ayudaba a levantarme.

¡Qué vergüenza! Me había caído delante de Peter. Por la cara de mi hermana, mi caída no le debió haber hecho gracia, quizás pensó que lo habría hecho aposta para robarle el protagonismo.

—Sí, gracias —dije mientras me sacudía.

Continuamos caminando y nos sentamos frente a la fuente. Ellos continuaron hablando y yo aproveché y llevada por los remordimientos, me fui a ver a mi caballo Lynn. Le dí de comer y lo dejé descansar de nuevo. No sé si tal vez era muy pesada con él y quizá estaba demasiado pendiente, pero era una parte muy importante en mi vida.

Salí del establo y fui hacia el lugar donde mi hermana y Peter aún estaban. Allí, pude verlos reír y charlar de forma distendida. Me fijé en la vestimenta de Peter, era un traje de chaqueta rojo. Llevaba también un pañuelo negro al cuello y unos pantalones negros. Me senté a su lado y contemplé como charlaban.

—Los aperitivos ya están listos —dijo Amber.

Pasamos hacia dentro de la casa y yo tomé un pequeño canapé.

Estaba aburrida, oyéndolos hablar y estaba pensando seriamente en salir de allí.

En un impulso, fui al jardín a contemplar las flores.

—¡Sarah! Vuelve ahora mismo —me dijo mi madre.

—He salido un poco a tomar el aire.

—¡Estás haciendo el ridículo delante de los Hiseld!

Volví a la reunión social y me quedé allí sentada, en el sofá, hastiada, a un lado.

—Oye, Sarah, ¿por qué no les cuentas a los Hiseld algo sobre ti? —me animó mi padre a participar en la reunión, supongo que dándose cuenta de mi cara de hastío.

—Me gustan los caballos, toco el piano, adoro la naturaleza y la vida.

—Eso es asombroso —dijo Peter Hiseld.

—¡Yo también adoro la vida! —se apresuró a decir mi hermana Kate.

Kate, parecía interesada en Peter Hiseld y parecía tener celos de mí. Eso era innecesario, Kate, no tenía nada que temer conmigo. Yo no me estaba molestando en causar una buena impresión.

—Maravilloso, Kate —dijo Peter Hiseld y continuó diciendo—. ¿Y a qué

teme usted, Sarah?

—Temo a las arañas.

—Yo no tengo miedo a nada —dijo mi hermana Kate.

Continuaron charlando los demás y yo me quedé en un segundo plano. Fue divertido haber participado en la conversación, pero no era lo mío.

—Ha sido un placer conoceros —dijo Peter dirigiéndose a mi hermana y a mí.

—Igualmente, Peter, puedes venir cuantas veces desees. Estarás en tu casa —dijo sonriendo mi hermana.

Yo me limité a asentir con la cabeza y sonreír.

Se despidieron David y Peter Hiseld de todos nosotros y se marcharon. Sentí alivio, por fin podía subir a mi habitación.

—¡Has sido una grosera! Debiste mostrar más simpatía con ellos, como hizo tu hermana —me reprendió mi madre.

—Lo siento, mamá. Sabes que soy muy tímida.

—Debes aprender más de tu hermana.

—Déjala, ya aprenderá —dijo mi padre.

Me fui a mi habitación con rabia por el comentario de mi madre. Siempre me estaba comparando con mi hermana Kate... Y yo era diferente.

Amber, me avisó de que llegó la hora de cenar y no tenía hambre. Minutos después, mi madre, llamó a la puerta de mi habitación y entró.

—¡Sarah! Sarah, ven a cenar.

—Ya le dije a Amber que no tenía hambre.

—Sí, por eso he subido yo... ¿Qué quieres morirte de hambre? Tienes que venir a cenar.

Mi madre me insistió en que bajara al comedor, yo no quería contradecirla, ni oírla, así que bajé y me senté en la mesa. Cené a prisa y corriendo un poco de sopa y cuando acabé, me volví a mi habitación de nuevo.

Tenía ganas de que este día ya pasara pues había sido un día difícil; mi caballo se había puesto malo, el veterinario era nuevo, las clases de piano me habían salido fatal, la incómoda reunión con los Hiseld, mi hermana, mi madre...

Me metí en la cama deseando que llegara un nuevo día.

III

Abrí los ojos, hoy era un nuevo día. Había salido un día soleado. El sol estaba brillando ahí fuera, lo veía por entre las cortinas.

Fui al baño que había junto a mi habitación y me lavé la cara.

Ordené mi habitación como todas las mañanas y batallé para entrar en el vestido gris. El vestido parecía hoy no entrarme pero con un poco de maña, al final consiguió hacerlo.

Bajé a desayunar al jardín. Hoy no había nadie acompañándome en el desayuno, me había levantado algo más temprano de lo habitual y estaba sola, pero no me molestaba.

Desayuné zumo de naranja y unas ricas tortitas y fui corriendo a ver a mi caballo. Lo vi descansando en el establo y sentí lástima. Le dí de comer, lo acaricié y salí del establo. A lo lejos vi venir al veterinario así que volví a entrar al establo para esperarle allí.

—¿Cómo está hoy? —dijo el veterinario al entrar.

—Como ayer —respondí.

—¿Y el caballo?

Me resultó gracioso, así que, me reí. Me dí cuenta de que, la primera pregunta había sido para mí y yo creí que había sido para el caballo. Me sorprendió ver que había venido a atender al caballo, pero se dirigió primero a mí.

—Pues como ayer.

—Sí, parece que sigue igual, esto llevará su tiempo, pero se pondrá bien —dijo examinándolo.

Contemplé la tierna escena. Él, trataba con esmero a mi caballo, me pareció adorable.

—Oye, ya que nos vamos a tener que ver bastante... ¿Qué tal si nos presentamos? —dijo él.

—Soy Sarah Coliner —dije mirándolo con una mezcla de inocencia y timidez.

—Liam Green —me dijo él—. Así que, tú debes de ser la hija de Charles

Coliner, el dueño de esta casa.

—Sí.

—Pensé que eras una criada, por tu carácter tan sencillito y amable.

—No —dije mirando hacia abajo.

Se hizo un silencio incómodo en el que yo no paraba de mirar para abajo.

—No hablas mucho, ¿verdad?

Liam había podido notar mi inseguridad. Me quedé callada sin responder nada, tocándome sin parar el cabello y sintiéndome estúpida.

—No pasa nada, hablaré yo hasta que estés cómoda. Soy veterinario, como ya sabes, y vivo en una cabaña junto al bosque.

—¿Ah, sí? Esta casa solitaria está en mitad del bosque, como habrás podido comprobar.

—Pues mi cabaña está al otro lado del bosque.

—¡Vaya! Debe de ser alucinante —dije asombrada.

—No más que esta casa.

—Sí, bueno, no en vano, mi padre es el conde de este condado de Vagoneth —dije tocándome de nuevo el cabello.

—Ya, lo que no sabía era que tú eras su hija. Y... ¿Desde cuando te gustan los caballos? —me preguntó sonriendo.

—Desde que era pequeña, me di cuenta de que eran mi pasión. Mi padre tenía caballos y me enseñó a montar, poco después me regaló a mi caballo Lynn.

—Es precioso.

—Sí, lo es —dije sonriendo tímidamente.

Liam estaba empezando a romper mis barreras. Lo sentía atento y cercano, me sentía cómoda y había algo en él que me hacía confiar y querer saber más acerca de él.

—¿Por qué no vamos al jardín a charlar más cómodamente? —dije esperando una respuesta afirmativa.

—Claro, será un placer —me dijo sonriendo.

Dejó las cosas que había traído para atender a mi caballo en el suelo del establo y se dispuso a caminar conmigo.

—Yo soy huérfano. Vivo solo en la cabaña.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! Debe de ser muy duro —dije yo.

—Te acostumbras.

—¿Y qué haces en tu tiempo libre? —pregunté interesada.

—Monto a caballo. Yo también tengo un caballo, vengo hasta aquí con él.

—¡Vaya!

—Sí, no eres la única que tiene un caballo —me dijo riéndose.

Me reí sin parar, como una niña pequeña. Me dí cuenta de que lo estaba pasando muy bien con él. Estábamos congeniando demasiado.

—¿Y cuántos años tienes? —me dijo Liam.

—Diecinueve, ¿y tú?

—Veintidós —y añadió—. Cuéntame algo sobre ti.

—Estudio piano y soy la hija mayor de Charles Coliner. Tengo una hermana, que es un año menor que yo. Me encanta la naturaleza y dar largos paseos por el bosque.

—Y además eres preciosa —dijo él.

Me sonrojé, me aparté el pelo de la cara y carraspeé.

—Gracias.

—De nada, sólo es la verdad, te faltó decirlo.

Me volví a sonrojar, así que, cambié de tema para dejar de ponerme colorada y sentirme abrumada.

—Y, echarás mucho de menos a tus padres, ¿no?

Pude ver como su rostro se apagaba, pensé que no debí haber hecho esa pregunta. Lo había dicho sin pensar y me sentí torpe.

—Sí. No es nada fácil vivir sin ellos.

—Lo siento, no debí preguntarlo —dije con gesto contrariado.

—No pasa nada, tranquila —dijo Liam.

Ya no quería tocar más el tema. Sentía que eso le hacía remover cosas en su interior. No quería hacerle daño, así que, cambié de conversación para intentar reparar mi error.

—¿Siempre ha sido tu sueño ser veterinario?

—Sí, me encantan los animales.

—A mí también, pero los caballos son mi pasión.

—Sí, se nota que son tu pasión, cuidas mucho de Lynn. Tu caballo está en las mejores manos, no podrá quejarse.

No sabía, si lo decía por él o por mí, eso que había dicho de que mi caballo estaba en las mejores manos, pero tampoco quise averiguarlo.

—Adoro a ese caballo, es lo único que da sentido a mis días.

Pensé que quizá no debí haber dicho eso, pero es lo que sentía, ese caballo era la única sensación de libertad que tenía en mi vida.

—¡Vaya! Estoy impresionado. Eres una gran chica, con un corazón muy noble —dijo poniéndome la mano en el hombro.

El leve roce de su mano en mi hombro me hizo reaccionar internamente y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me sentí protegida y acogida por él. Mi cara, comenzó de nuevo a arder, así que, avergonzada empecé a tocarme la cara.

—No tienes que avergonzarte por ponerte colorada, me resulta tan tierno...

Eso hizo subir aún más mis colores. Jugaba con mi cabello y me movía para un lado y para otro como tratando de balancearme y restablecer mi equilibrio, arriesgándome así a quedar como una loca.

—Sarah, tranquila.

—No estoy acostumbrada a tratar con mucha gente —dije visiblemente incómoda.

—No te preocupes, yo estoy aquí, contigo.

—¿Cuáles son tus aspiraciones en la vida? —pregunté para salir de esa situación incómoda.

—Diría que casarme... Cuando encuentre a la mujer adecuada, y montar mi propia familia. ¿Y las tuyas?

—Sarah, tienes que ir a clases de piano —interrumpió Amber.

El tiempo había pasado volando. No me había dado cuenta de que ya se había hecho la hora de las clases, el tiempo con él, parecía desaparecer.

—Oye, tengo que irme ya. Mañana vendrás, ¿no? —dije tocándome la cara con la esperanza de que ya no estuviera tan caliente.

—Sí. Vendré a ver al caballo de nuevo, y a ti.

—Y.. por cierto, mis aspiraciones, son también las de casarme y formar una familia —dije mientras me rascaba la cabeza acordándome de que no pude responderlo antes.

Lo acompañé al establo a recoger sus cosas y nos despedimos.

—Disfruta de las clases de piano —me dijo mientras recogía.

—Disfruta del viaje al bosque —le dije.

Lo vi marchar hacia la puerta y entré a casa.

Me di prisa por llegar a tiempo a clases de piano. Subí corriendo las escaleras y por suerte, llegué puntual a las clases.

“¿Me ha oído? ¡Señorita Coliner!”

Fueron las últimas palabras que alcancé a oír. La realidad de mi entorno había desaparecido. Me había quedado absorta en mis pensamientos. Absorta

en Liam y en todo lo que habíamos congeniado, sin prestar atención a las explicaciones del profesor Belmont. Hacía mucho tiempo, por no decir nunca, que no congeniaba con alguien tan bien.

—Perdón. ¿Puede repetirlo? —dije avergonzada.

—Hoy tocaremos la quinta sinfonía de Beethoven, ahí tiene la partitura puede empezar a tocar...

IV

Corrí las cortinas y pude observar el cielo azul y el sol alumbrando el jardín, era un nuevo día. Recordé que había soñado con Liam. Era un sueño del que no recordaba nada, pero sabía, que él, había aparecido en mis sueños.

Liam, hoy debía venir de nuevo a atender a mi precioso caballo y podía volver a verlo. Me había causado una muy buena impresión. Ayer, pudimos charlar y pude conocerlo aún más, me parecía un buen tipo y estaba deseosa por conocerlo todavía más.

Me apresuré a prepararme un relajante baño para desconectar de todos los pensamientos que me invadían y me dirigí con interés hacia el establo.

Allí, correteando de un lado hacia otro, estaba mi caballo. Asombrada, pude comprobar que, de manera milagrosa, estaba galopando, lo cual significaba que ya estaba mejor. La ayuda del veterinario le hizo mucho bien.

—Lynn. ¡Cuánto me alegra verte tan bien! —dije feliz abrazando a mi caballo.

—Sí, está mucho mejor —me sorprendió Liam hablando.

—¿Ya estás aquí?

—Bueno, de hecho hoy he venido antes que tú. He estado ya atendiéndole y haciéndole un poco de rehabilitación.

No sabía cómo agradecersele, estaba teniendo mucha dedicación con mi caballo. Era increíble todo lo que estaba haciendo por él.

—Gracias, de verdad —le dije mirándole con una sonrisa sincera.

—Gracias a ti —dijo mirándose con el brillo de sus bellos ojos verdes.

Por primera vez, sentí estar a gusto con alguien. Notaba que podía ser yo misma. Me ayudaba a sentirme mejor conmigo misma y por alguna extraña razón, me sentía más segura a su lado.

—¡Sarah! ¿Qué estás haciendo todavía aquí? —interrumpió mi madre, clavándome sus azules ojos.

—Hola, madre.

—¿Quién es ese? —dijo señalando a Liam.

—Es el veterinario de mi caballo Lynn.

—Muy bien, si ya lo ha atendido, se puede marchar. Tú, tienes cosas más importantes que hacer.

—No, mamá, también es amigo mío —me atreví a contestar.

—Sarah, no te atrevas a contradecirme. Él, no puede ser tu amigo.

—¿Por qué no puede ser mi amigo?

—¡No es de tu clase!

Aquellas palabras se clavaron dentro de mí.

—Bueno, yo ya me voy. Ha sido un placer conocerla, señora Coliner —dijo Liam en tono apagado.

Me sentí mal por él. Liam no se merecía eso, pude ver tristeza en sus ojos.

Mi madre se marchó a la vez que Liam abandonó el establo. Me aseguré de que mi madre había desaparecido totalmente y antes de que Liam empuñara la puerta de salida, me apresuré a llegar a él.

—¡Espera!

Liam se giró y con gesto incrédulo me miró.

—Disculpa por lo de antes. Yo no pienso que no seas de mi clase.

—No, Sarah, tu madre tiene razón. Pertenece a mundos distintos, tú eres Sarah Coliner, y yo... Yo soy un don nadie. Nunca podremos ser amigos —dijo Liam desanimado.

—¡Eso no es verdad! Tú eres Liam Green y tú tienes clase.

—Sarah, yo... Nunca debí querer que nos conociéramos.

—Pero yo sí quiero. Eres la primera persona con la que puedo ser yo —dije mirándolo con los ojos vidriosos.

Liam me abrazó y por primera vez, sentí un cosquilleo en el cuerpo. Sentí como mil mariposas volando en mi interior. Le había cogido mucho cariño, realmente nunca había sentido algo así. Sin duda, él era especial, había roto todas mis barreras.

—Mañana quiero volver a verte —susurré.

Me despedí de él y lo vi marchar por entre las rejas de la puerta de hierro, a caballo.

Cuando entré dentro de la casa, pude ver a Peter Hiseld esperando en el salón.

—Hola, Sarah —dijo Peter al verme pasar.

—Hola, ¿qué haces aquí? —me atreví a preguntar.

—Vengo a ver a tu hermana Kate.

No quería, ni podía meterme en más líos, así que, no quise indagar más y

seguí andando hacia clases de piano. Miré el reloj, llegaba tarde así que me dí un poco de prisa.

Cuando por fin llegué, allí estaba el profesor Belmont, en la sala del piano, hecho una furia de tanto estar esperándome.

—¡Llegas tarde! Eres una jovencita irresponsable. Sólo tú podrías hacerlo... ¡Eres la vergüenza de la familia!

—¿Ah, sí? —respondí.

—Sí. No tienes ni el talento de tu padre.

—¡Pues como no soy talentosa, no sé por qué estoy haciendo algo que se me da tan mal!

Y nada más decir eso, salí de las clases, cerré la puerta y volví a mi habitación.

—¡Sarah! —oí gritar a mi madre.

Resoplé, sabía la que me esperaba, abrí la puerta y la esperé fuera.

—¿Cómo que has dejado las clases de piano? —dijo mi madre alzando la voz.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó sin quitarme sus azules ojos de encima.

—No se me da bien... Además, ese hombre es un gruñón.

—¡Cómo! —dijo abriendo los ojos de par en par, y alzando aún más la voz añadió—. ¡Eres una bruta!

Sentí que era injusto, yo no quería practicar piano. Ella no podía imponerme una vida que no deseaba.

Decidí quedarme callada, había dado ya un paso y no quería más problemas. Estas cosas me hacían encerrarme aún más en mí misma.

—Vuelve ahora mismo a esas clases y pídele disculpas al profesor —me ordenó.

Me quedé pensando qué hacer... ¿Volvía y pedía disculpas? ¿Seguía haciendo algo que realmente no quería sólo para contentar a mi madre, olvidándome de mí misma? Estaba indecisa, sólo deseaba poder salir de esa situación que me estaba ahogando. Mi cabeza y mi corazón pedían cosas distintas; mi cabeza me decía que cumpliera con mis obligaciones, pero mi corazón me susurraba que fuera yo misma.

Finalmente, decidí pedir disculpas pero no quedarme a realizar las clases porque ya no me apetecía, después de todo el escándalo. Enfilé el pasillo y me dirigí hacia el gran salón del piano con el corazón a mil. Respiré hondo y abrí

la puerta.

—Siento mucho lo que ha pasado, señor Belmont, pero hoy no vamos a dar clase, no me siento bien.

El señor Belmont, sin dirigirme la palabra, recogió sus cosas y se marchó, no sin antes dar queja a mi madre en el pasillo. Al menos, me había disculpado y podía respirar tranquila.

Por la tarde, bajé al jardín a ver las flores y pude ver a mi hermana Kate hablando con Peter. ¡Parecían congeniar tan bien! Me imaginé por un momento que éramos Liam y yo.

Fui al establo a dar de comer a mi caballo y cuando llegué al establo, vi a Lynn tan bien, tan recuperado que una verdadera alegría se adueñó de mí y me atreví a montar en él. Tenía muchas ganas de poder hacerlo, así que, me apresuré a montar y dar un paseo con él. Pensé que nos vendría bien a los dos.

Crucé la puerta de salida y fui a dar un pequeño paseo por el bosque.

Sentía el aire en la cara en cada galopada. Me sentía libre, por fin podía volver a dar largos paseos por el bosque junto a mi caballo.

Nunca había llegado hasta el final del bosque, eran muchos kilómetros y me parecía demasiado peligroso; podría perderme y tampoco sabía qué podía encontrarme, así que, cuando llegaba hasta la cascada del bosque, daba la vuelta y regresaba a mi hogar.

Era fascinante aquel sitio, tan lleno de paz, podía respirar aire puro. Era mi bosque mágico, mi puerta a la serenidad cuando todo iba mal.

Disfruté del paisaje y de la soledad de aquel lugar y poco a poco fui volviendo a casa.

En el establo, mimé a mi caballo. Había intentado no cansarlo tanto, pero pensé que le vendría bien ejercitarse un poco.

Era la hora de cenar y pude comprobar que, Peter Hiseld, nos acompañaba en la mesa.

—Peter y yo queremos que anuncie que estamos comprometidos —dijo Kate mirando a Peter mientras sonreía.

—Sí, estamos muy ilusionados —dijo Peter.

Me quedé impactada, pero ¿cómo? Mi cabeza estaba dando vueltas. No entendía nada. ¡Era todo tan apresurado!

—¡Qué feliz me hace! —dijo mi madre.

No podía comprender lo apresurado del asunto. ¡Era de locos!

Cuando acabe de cenar, subí a mi habitación, me tumbé en la cama, dí un

par de vueltas pensando en el instantáneo compromiso de mi hermana Kate y me dormí.

El sol había salido. Tenía ganas de volver a ver a Liam. Me puse un vestido azul, cogí una manzana y me dirigí rápidamente al establo. Allí estaba ya Liam, acariciando y cuidando a mi caballo.

—Ya está mejor, ayer pude pasear con él —dije interrumpiéndole la faena.

—Sí, ya está mucho mejor. Está muy bien cuidado contigo —dijo él.

—Me gustaría seguir viéndote, aunque mi caballo esté bien —dije tímida.

—Pero, tu madre... —dijo Liam con cara de consternación.

—No tiene por qué enterarse —dije.

Me apetecía dar un paseo a caballo con él. Me apetecía poder enseñarle mi refugio, mi rincón, en donde todas mis inseguridades desaparecían, donde sólo existía la naturaleza, mi caballo y yo.

—Vamos a dar un paseo a caballo, ven conmigo —dije.

Llevé a mi caballo hasta la puerta junto a Liam y una vez en la puerta, él me ayudó a montarme, luego cogió su caballo, se montó y fuimos juntos hacia el bosque.

Nunca había llevado a nadie a ese lugar pero sentía que él era especial. Me apetecía enseñarle aquel lugar tan valioso y único para mí.

Cabalgamos por el bosque bajo el sol, hasta encontrar la cascada.

—Este es un sitio muy especial para mí. Nunca he traído a nadie aquí antes, pero siento que tú eres especial.

—¡Vaya! Es precioso.

—¿No lo conocías?

—No. Pero, yo no me fijo demasiado en el paisaje, me fijo en llegar al destino.

Lo observé, se veía realmente bien junto a este bosque. El entorno era mágico pero con él, aún más.

—Me gustaría que lo repitiéramos más a menudo —dije.

—Sí, te esperaré en la puerta.

—Me encantará verte ahí parado —dije sonriendo.

Nos fuimos hacia mi casa y allí en la misma puerta, nos despedimos.

—Hasta mañana. Ha sido un placer compartir esto contigo —dije yo.

—Para mí también ha sido increíble.

Me giré y al entrar por la puerta, pude ver a mi madre.

—¿Qué hacías con ese?

—¿Quién, madre?

—¡El veterinario! ¡Llevaba las mismas ropas!

—Fuimos a dar un paseo por el bosque...

—¿Qué haces relacionándote con ese? ¡Eres una sucia!

Rompí a llorar y me marché corriendo a mi habitación. Cerré la puerta y me senté en la cama. Mi madre no podía entenderlo, él era especial, más allá de su posición.

Bajé al jardín absorta en mis pensamientos y todo el dolor que sentía. Intenté distraerme fijándome en las flores. Ver las flores me había sacado momentáneamente de mi confusión. Olí las rosas y me senté en el césped a contemplarlas. No podía evitar pensar también en la actual situación que me estaba quemando por dentro, preguntándome por dentro una y otra vez por qué no podía ser libre.

Me levanté del césped y fui hacia dentro de la casa, hacia el salón. Allí, en el salón, estaban Kate y Peter. Los saludé y pude apreciar que Kate, lucía mas radiante que nunca, tenía un brillo especial en su mirada.

—¡Sarah! ¿Sabes que mañana es la fiesta del anuncio de nuestro compromiso? —dijo Kate.

Me quedé sorprendida, todavía no lo sabía, nadie me lo había dicho.

—No, no lo sabía —dije.

—Es aquí mismo, mañana, a las siete. Vendrá casi todo el condado —dijo Kate pletórica.

—¡Vaya! Me alegro mucho por ti, hermana.

—¡Gracias!

Parecía que el amor la había transformado. Mi hermana, ya no me resultaba tan terrible.

Subí a mi habitación y mi madre llamó a la puerta.

—Sarah, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —conteste yo.

—No quiero que vuelvas a ver nunca más a ese veterinario.

Esas palabras rompieron mi corazón por dentro y todas mis ilusiones, se desvanecieron en un segundo.

—Pero, ¿por qué?

—No voy a rebatir nada ahora. Tú, harás lo que yo ordene.

Sentía ganas de decirle que ella no mandaba en mi vida y que me respetara, pero no podía. Debía olvidarme de él para siempre. Me resigné a

no volver a saber nada más de él. Quizá, todo esto no era más que una locura, una locura que sin duda, había dado vida a mis días.

Bajé al jardín y me quedé en el banco del jardín, junto a la fuente. Sentada y sin fuerzas, escuchando el cantar de los pájaros de fondo.

Sentía una angustia muy grande, no quería perderlo, pero estaba obligada a hacerlo.

V

Hoy era el día de la fiesta de compromiso de Kate y Peter. Estaba ilusionada por ellos pero triste por no poder acercarme más a Liam. Recordé que, mi madre, me había ordenado no volver a ver a Liam nunca más, y yo tenía que obedecerla.

Fui al establo a dar de comer a mi caballo, lo acaricié y estuve mimándolo durante un buen rato.

Salí del establo y cuando me dirigía por el jardín para ir hacia dentro de casa, oí algo:

—¡Eh! Hoy íbamos a dar un paseo, ¿recuerdas?

Era Liam, hablaba desde los barrotes de la puerta. Me acerqué y sin mirarle, dije:

—Lo siento, no puedo.

Me sentía realmente mal, no podía hacerle esto. Me costaba no mirarle a la cara, pero no podía, si lo hacía estaba perdida.

—Vamos, Sarah sólo será un momento. Lo pasaremos bien —dijo él.

Lo miré y efectivamente, estaba perdida. No podía negarme, había algo en su mirada que me hacía no poder despegarme de él.

—Está bien —contesté.

Fui a por mi caballo y salí con él afuera. Cabalgamos por el mágico y sereno bosque y allí sentados, bajo los árboles comenzamos a charlar.

—Oye, ¿por qué no querías verme? —dijo Liam.

—Mi madre, me ordenó que no te viera nunca más.

Pude ver que, Liam, se mostraba incómodo.

—Sarah, yo no quiero causarte problemas —dijo Liam.

—Tú, no eres un problema. El problema es la mentalidad de mi madre.

—¿Por qué te estás metiendo en tantos líos por mí?

—Porque has devuelto la ilusión a mi vida.

Caminamos a pie por el bosque, contemplando el sutil encanto de aquel mágico sitio. Liam, estaba realmente atractivo para mí, bajo los rayos del sol.

—Sarah, a mí me importas y quiero verte, pero no quiero que esto te traiga

problemas —volvió a repetir Liam.

—Esto no debería traerme problemas, no es nada malo.

—Pero, ¿y que hay de tu madre?

—Tendrá que entenderlo.

En realidad, no estaba muy convencida de eso.

—Yo no quiero que nada malo te pase —dijo Liam mirándome con ojos dulces.

Aquellas palabras dieron un brinco a mi corazón. Me sentí especial. Por vez primera, sentía que le importaba a alguien, sentía que alguien compartía conmigo muchas cosas. Compartíamos sobre todo la pasión por los caballos, alguien por primera vez, no lo consideraba un estúpido entretenimiento. Por fin me sentía comprendida.

—No me pasará nada, Liam —dije sonriendo tímidamente.

Llegué a casa y me despedí de Liam en la puerta.

—Hasta pronto, Liam. Ha sido un placer haber paseado contigo.

—No vas a volver a verle nunca más. Me encargaré de que él, no este nunca más en la puerta —dijo mi madre.

Me giré asustada y vi a mi madre, observándolo todo al otro lado de la puerta.

—Sí, madre —respondí.

Hice un gesto a Liam para que me esperara afuera y entré con ella a casa.

Una vez que mi madre subió las escaleras y la perdí de vista, fui hasta la puerta de nuevo.

—Se me ha ocurrido una manera para que puedas entrar y podamos estar juntos.

—¿Cuál, Sarah?

—Podrías venir a la fiesta de compromiso de mi hermana Kate, si te vistes bien y te haces pasar por alguien importante. Es esta tarde a las siete.

Para mí, él no tenía que vestirse bien, ni tenía que hacerse pasar por alguien importante, él ya lo era para mí, pero no quería perderlo, me negaba a nunca más volver a verlo. A pesar de tenerlo todo, no tenía libertad, libertad que junto a ellos sí tenía.

Me apresuré a vestirme. Eran ya las seis, así que, tocaba arreglarse y aproveché para darme un baño. Hoy me alisé un poco el pelo, quería lucir diferente. Quería estar presentable para mi hermana, y para que mi madre, no dijera nada sobre mi desaliñada apariencia.

Cogí mi fabuloso vestido blanco de flores grises que había estado reservando para ocasiones especiales. Hoy, sin duda era una buena ocasión para lucirlo. Usé también maquillaje. Me observé en el espejo y por una vez, me gustaba lo que veía.

Bajé ilusionada al jardín, a esperar a Liam allí.

Sabía que hoy vendría mucha gente, debía estar a la altura y dejar mis inseguridades y timidez a un lado. Vi entrar a un montón de invitados, todos elegantísimos y bien parecidos. Me saludaban y entraban directamente al salón. Los invitados iban pasando y yo estaba cada vez más inquieta en el jardín, no había ni rastro de Liam.

Miré para todos los lados y suspiré resignada.

Ya empezaba a anochecer y me estaba empezando a desesperar, cuando de pronto, me pareció verlo a lo lejos, aunque al principio, me costó reconocerlo. Estaba elegantísimo y guapísimo. Mimetizado absolutamente con el entorno, llevaba un elegante traje azul oscuro.

Seguí mirándolo, emocionada y radiante acercarse a lo lejos.

Él, parecía también estar buscándome con la mirada. Finalmente, cuando me encontró, me miró y sonrió. Sonreí de vuelta.

—¡Has venido! —dije feliz.

—Claro, para estar más cerca de ti. Quería verte —dijo Liam mirándome mientras sonreía y añadió—. Estás preciosa.

Nos quedamos de pie, junto a la fuente. Pude ver que la noche había caído sobre el jardín, las estrellas estaban alumbrando el oscuro cielo. Era un entorno mágico con aire de romanticismo y misterio. Una noche oscura, alumbrada únicamente por las estrellas y las farolas del jardín.

—Eres tan especial —dijo él.

—Como tú.

Me acarició la cara, sentí algo extraño, no podía describirlo con palabras. Por primera vez, todo parecía tener sentido y no quería que este momento acabara nunca. Me sentía tan a gusto.

Me quedé mirando obnubilada sus tiernos ojos verdes y de repente, bajo la luna, me besó. Sentí un fuerte cosquilleo por el cuerpo. Una sensación nunca antes vivida. Me resultó mágico, algo tan encantador que nunca olvidaré. Él, había despertado todos estos sentimientos en mí. Me quedé sumida en esa extraña y reconfortante sensación, todo lo demás había desaparecido.

Abrí los ojos y lo miré a sus verdes ojos, ahora iluminados por las

estrellas. Aquellos ojos verdes tenían un poder hipnótico sobre mí. No podía creer que esto estuviera sucediendo.

Sonreí tímidamente y Liam sonrió de vuelta.

El corazón me latía con fuerza y sólo quería estar a su lado, para siempre.

—¡Sarah! —dijo mi madre desde lejos.

Me giré y la vi venir muy alterada.

—¿Qué pasa? —dije.

—¡Te he estado buscando! ¿Qué haces con un hombre aquí fuera? La fiesta es dentro. Ve, ahora.

Miré a Liam, mi madre parecía no haberlo reconocido. Estaba muy bien vestido y era de noche, quizá así le era difícil reconocerlo.

—Es la fiesta de tu hermana y tienes que estar ahí. Compórtate —me dijo.

Entré a dentro sin prestar atención a la fiesta, estaba totalmente desconectada de lo que pasaba a mi alrededor. No podía parar de pensar en cómo estaría Liam ahí afuera, no quería que estuviera solo. Si él estaba mal, yo también lo estaría.

Al rato, lo vi entrar al salón y pude respirar tranquila.

Estuvimos mirándonos desde la distancia. Rodeados de invitados, pero nuestros corazones se buscaban. Necesitaba una oportunidad para volver a hablar con él, para volver a tenerlo cerca.

Aprovechando que vi que mi madre estaba ocupada atendiendo a unos invitados, en un impulso, me acerqué a Liam, lo cogí de la mano y nos fuimos al establo.

—Sólo olvídate del mundo y sígueme —dije mientras lo cogía de la mano para irnos hacia el establo.

—Aquí estaremos más tranquilos. Nadie nos encontrará —dije mirando sus preciosos ojos.

Ya no podía disimular más, había demasiados sentimientos en el aire, mi corazón era el que estaba hablando. Él era esa clase de personas por las que merecía la pena hacer todas estas locuras.

—Mi madre me tiene muy vigilada y me es muy difícil conocer a nadie, pero llegaste tú y lo cambiaste todo —dije.

—Entiendo, debe de ser muy difícil vivir como heredera. Supongo que tu madre quiere lo mejor para ti.

—¿Y qué es lo mejor para mí? —pregunté expectante.

—Alguien a tu altura —dijo mirándome de arriba a abajo.

—¿Alguien a mi altura? —pregunté incrédula.

El Liam de esta noche no se parecía en nada al Liam que conocía. No entendía qué estaba pasando, me confundía, ¿por qué ahora decía esto?

—Sí, Sarah, alguien a tu altura. No debí haber venido a esta fiesta. Lo siento, todo esto ha sido una locura.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Tú estás acostumbrada a tenerlo todo, pero no a mí, yo me voy.

Esas palabras me descolocaron totalmente. Mi cabeza no entendía nada. ¿Era posible que esto estuviera sucediendo? No daba crédito, el veterinario que yo conocí no era así.

—¡Sarah! ¿Qué está haciendo él aquí en el establo? —gritó mi madre antes de que Liam abandonara del todo el establo.

—Yo, ya me voy. Disfrutad de la fiesta —dijo Liam.

Me quedé helada, no sabía qué responder. Mi mente no entendía nada. Estaba muy superada por todos los acontecimientos, quería desaparecer.

—No volverás a ver a Liam nunca más —dijo mi madre antes de marcharse de nuevo hacia la fiesta. Yo me quedé ahí plantada, acariciando mi caballo, sin ganas de volver ahí dentro.

VI

Me levanté como cada mañana. Corrí las cortinas y abrí la ventana. Contemplé feliz el sol que había salido, hoy hacia un día radiante.

No pude evitar sonreír al recordar el momento del beso con Liam. Sentía una sensación muy difícil de describir con palabras, todavía parecía estar en las nubes. Al volver a recordar y recrear aquel tierno momento, parecía estar ahora viviéndolo de nuevo, volvía a sentir todas aquellas sensaciones y los mismos sentimientos. Mi mente, volvía a perderse entre esas deliciosas sensaciones. Hubiera dado todo para que ese momento nunca se acabara, para quedarme atrapada en ese mágico instante durante toda la vida.

Cuando por fin conseguí volver a la realidad, me dirigí al baño de mi habitación para prepararme un baño. Me encantaba hacerlo cada mañana, para mí era como una especie de ritual que conseguía relajarme.

Cuando salí del baño y me dirigía a desayunar, pude comprobar que la puerta de mi habitación no abría. Asustada, comencé a golpear la puerta.

—¡Estoy encerrada, ayuda! —grité mientras golpeaba la puerta, sin obtener respuesta.

De pronto, entró mi madre a la habitación, supongo que alertada al oír mis gritos y golpes.

—Te encerré por desobediente y aquí te quedarás hasta que cambies, acostúmbrate.

—¿Qué? ¡No! —grité rota de dolor.

Vi atónita como mi madre se marchaba y volvía a cerrar con llave.

Mi mente no podía asimilarlo, aquello no podía estar pasando. Me sentía totalmente rota por dentro en mil pedazos. Ahora, ya no podría ver a Liam ni a mi caballo, y recordar eso me hacía quedarme sin fuerzas. No quería no volver nunca más a vivir todo lo mágico que viví con Liam, me negaba a no volver a sentir aquella sensación de libertad en cada galopada por el bosque con mi caballo.

Me sentía como en un calabozo, con mi propia madre como carcelera. El dolor se apoderó de mí y me derrumbé junto a la puerta, llorando y

preguntándome por qué. Ya nada tenía sentido para mí.

Los minutos se me hacían eternos, me movía por la habitación pensando y pensando la manera de escapar de aquella situación, que tanto quemaba por dentro y dolía como a un pájaro al que le ataron las alas. Me habían privado de mi libertad y me sentía impotente. Odiaba a mi madre, la odiaba con todas mis fuerzas.

De pronto, oí meter la llave en la cerradura de la puerta.

—Aquí esta la comida —dijo Amber sujetando una bandeja al tiempo que empujaba la puerta.

—Amber, ayúdame. Sácame de aquí, por favor —pedí suplicante.

—¡No puedo hacer eso! Prudence me despediría. Sabes bien que si por mí fuera ya te hubiera sacado de aquí.

Aquello me dejó helada, ya no sabía en quién confiar. Mi propia amiga, Amber, me estaba dando la espalda cuando más la necesitaba, era partícipe de esta injusticia, me estaba viendo sufrir y no me estaba ayudando.

Dejó la bandeja y volvió a cerrar con llave.

Estaba condenada a permanecer aquí. ¿Cómo podía mi madre estar haciéndome esto? ¿Acaso sentir amor era un pecado? ¿Es algo que merece ser castigado? ¿Y qué había de lo que yo quería? No tenía ninguna respuesta para todas mis preguntas. Yo no elegí sentir este sentimiento.

Me tomé la sopa que había traído Amber, entre sollozos. La situación que estaba viviendo no era tolerable para mí, cada minuto que pasaba, más estaba al límite de mis fuerzas. No podría seguir aguantando durante más tiempo esta situación, sentía una gran angustia en mi interior.

Pensaba una y otra vez en mi caballo Lynn y en Liam. Estar aquí y no saber qué les estaba pasando me producía una gran tristeza. No tener noticias me estaba atormentando.

De pronto, oí entrar en la habitación a alguien. Me giré y vi a mi madre, Prudence.

—Sarah, todo esto no es más que para que recapacites y te comportes como tiene que comportarse una persona de tu nivel. No puedo permitir que te sigas viendo con ese... veterinario.

—¡Yo lo amo!

—Él, sólo estaba contigo por interés, porque eres la heredera del condado de Vagoneth. ¡Date cuenta! ¡Estoy haciendo todo esto para protegerte!

—Mamá, déjame libre, por favor.

—No puedo, si lo hago cometerías una estupidez y te irías con el veterinario. ¡He visto que no se te puede dar libertad!

—¿Libertad? ¡Me has tenido toda la vida controlada! ¡Manejada a tu antojo!

—¡Te he estado protegiendo! He estado protegiéndote de que cometieras estupideces como esta. Eres muy inocente y no lo ves, pero tienes una gran responsabilidad en el futuro. ¡No puedo dejar que dejes este condado en manos de alguien que no lo merece!

—¿A costa de qué? ¿De mi libertad? ¿Sacrificando mi vida? ¿Sacrificando mi libertad? ¿Entregándote a ti mis decisiones? Esta vez has ido demasiado lejos, no puedes tenerme encerrada. ¡Es inhumano!

Pude ver cómo mi madre frunció el ceño.

—¡Eres una desagradecida! —me gritó.

—No, mamá. ¡Ya no soy una niña! —respondí armándome de valor.

—¡Entiende! Sólo quiero lo mejor para ti.

—Pero no así, no así... ¡Esto me hace daño! —repliqué.

Mi madre, se marchó como una exhalación de la habitación.

Me quedé mirando por la ventana el día tan maravilloso que había salido, contemplé el precioso jardín y divisé las flores como único consuelo. Lo veía todo a través de los barrotes de la ventana y aquello no hacía más que recordarme el encierro al que estaba siendo sometida.

De pronto, al mirar hacia la puerta de entrada a la casa, vi a lo lejos a Liam entre los barrotes de la puerta. Mi cuerpo empezó a temblar y sin pensarlo, comencé a gritar para que pudiera oírme.

—¡Eh! ¡Liam, estoy aquí! ¡Eh!

No obtuve respuesta y me comencé a desesperar, no sabía que hacer. Me revolví en la ventana, agarré fuerte los barrotes y volví a gritar.

—¡Eh!

La impotencia me ganaba la batalla, sentía que todo esfuerzo era en vano, que por más que me dejaba la voz y me esforzaba para que pudiera escucharme, él nunca lo iba a hacer. Estábamos demasiado lejos el uno del otro.

Me resigné y me quedé mirándolo por la ventana, sintiéndome atada a esta maldita habitación.

Mientras seguía mirando por la ventana, vi avanzar a mi madre por el jardín, hacia la puerta de barrotes de la entrada y un nudo se adueñó de mi

garganta, sabía que nada bueno le diría.

—¡No! —grité desesperada.

Me sentía incapaz de poder hacer nada; no podían oírme, no podía moverme de la habitación... Aquello era peor que una pesadilla. Me sentía completamente inmóvil y a merced de las circunstancias.

Cogí aire y traté de serenarme. Mirar la situación y no poder hacer nada me hacía daño, así que, me lavé la cara en el lavabo y me tumbé en la cama.

—Estás preciosa.

—No más que tú.

—Te amo, Sarah.

—Yo también te amo, Liam.

—¡Sarah! Sarah, la cena —me despertó Amber.

—¿Qué hora es? —dije aturdida.

—La hora de la cena —dijo dejando la bandeja en la cama.

Descubrí que me había quedado dormida y me lamenté de que Amber me hubiera despertado. Al menos, en sueños, Liam y yo aún podíamos estar juntos.

Me tomé la cena mientras escuchaba el incansable tic-tac del reloj de pared y poco después, Amber vino a llevarse la bandeja.

—Amber, déjame ir a ver a mi caballo, por favor.

—¡Sabes que eso no es posible!

—¡Por favor! Mi madre no tiene por qué saberlo.

—Me estás pidiendo algo muy peligroso.

—¿Peligroso? Sólo quiero ir a ver a mi caballo —musité.

—Está bien, pero yo iré contigo.

No sabía si accedió porque sintió lástima o por el cariño que yo creía que alguna vez me tuvo. Bajamos al establo y allí, pude ver a mi caballo, tan bonito, tan especial... Lo abracé e intenté con todas mis fuerzas guardar ese momento para siempre en mi memoria, para poder verlo siempre, sin estar presente.

—Muy bien, nos vamos ya —dijo Amber.

—¡No! —grité abrazada a mi caballo.

En ese momento, en un impulso, intenté montar encima de él y escapar. Amber me sujetó para que no avanzara, gritó y llamó a mi madre.

—¿Qué está pasando aquí?

—Sarah quería escapar. Yo sólo la había permitido ver a su caballo.

—¡Dí ordenes de que Sarah no saliera de la habitación! ¡Estúpida!
Y nada más decir eso, le dio una bofetada a Amber.

—¡No la pegues! La culpa es sólo mía. ¡Quería ver a mi caballo! —dije llorando.

—No querías ver al caballo... ¡Querías escapar! —estalló colérica.

—Sí, quería ver a mi caballo y luego, en un impulso, intenté escapar.

Mi madre, me agarró fuerte del brazo y me llevó de nuevo a mi habitación.

—Aquí te quedas —dijo soltándome en la cama.

Cuando ya se iba, dio media vuelta y se volvió a girar para hablar conmigo.

—Ah, y otra cosa... A partir de ahora, seré yo quien te traiga la comida y la cena.

Vi finalmente como mi madre se marchaba y me derrumbé. No podía más. En ese momento, cogí lápiz y papel y con los ojos llorosos comencé a escribir:

“Las lágrimas brotan de mis ojos, recorriendo mis mejillas como presente inequívoco de un dolor que sigue inalterable en mí. Mi alma explota de dolor, mi ser guarda un mundo de espinas. Quizá, no sea fácil para mí, caminar con esta carga. Quizá, no pueda más con tantos recuerdos amargos viniendo a mi memoria, recordándome el pasado que corre latente por mis venas y el dolor, que ya se ha convertido en una forma más de vivir. Puede que, todo esto, no sea más que señal de debilidad o quizá de haber guardado silencio en momentos que merecían respuesta. Quizá, sea mi alma pidiendo a gritos ser escuchada, en lugar de estar en un rincón abandonada y a merced de las circunstancias. ¿Cómo puedo vivir con tanto dolor, entonces? La verdad es que no lo sé y tampoco sé el por qué de tanto llanto. Tantas emociones recordándome que vengo de un pasado que sigue latente en mí. Al final, supongo que

me acostumbraré al dolor.
Dolor, que quizá sea una forma de recordarme que sigo viviendo,
en una vida que, a veces, carece de sentido,
pero que al final, dolor es lo único
que puedo sentir.
¿Quién soy yo para quejarme? Si esto
es lo que debe pasar, lo acepto, pero con la única
condición de que esto también pase,
que nada quede para siempre.”

Me quedé mirando y releendo la carta que había escrito. Por alguna razón, me sentí liberada. Todas esas emociones y sentimientos campaban a sus anchas dentro de mí y ya iba siendo hora de dejarlos salir.

Eran ya demasiados golpes. Pensé que, tal vez, esto era un último escalón. Que tal vez, sólo había que aguantar esto y recibiría cosas buenas. ¡Tenía que suceder! Tenía que haber un equilibrio.

Me metí en la cama y lloré, echando de menos a Liam, a mi caballo y a toda la vida que mi madre me había robado, hasta quedarme dormida.

VII

Llegó el día de la boda de Kate y Peter. Iba a ser celebrada en los jardines de esta casa. A mí, no me apetecía celebrar nada y tampoco tenía claro que mi madre me dejara asistir.

—Sarah, arréglate. Hoy es la boda de tu hermana —dijo mi madre entrando en mi habitación.

—No quiero ir —contesté con desdén.

—Sí, tienes que ir, me oyes —dijo sujetándome bruscamente de la barbilla—. Arréglate. En una hora, vendré a buscarte.

Decidí hacerlo por Kate y acepté asistir a la boda.

Me dí un baño, arreglé mi cabello y me puse un vestido rojo a juego con mi pelo. Cogí un pequeño bolso también rojo y me lo colgué al hombro. Estaba lista.

Pasada la hora, mi madre, vino a buscarme y me llevó al jardín. Por fin, me sentía libre, aunque suponía que, por poco tiempo, pero sentir aquella sensación era maravilloso. Podía sentir el aire en la cara, el calor de los rayos del sol sobre mí, podía oír más de cerca el canto de los pájaros, oler las frescas rosas...

Agradecía sentirme libre, como si ser libre, fuera para mí un privilegio y no un derecho.

Me senté en la silla, vigilada en todo momento por mi madre, sintiéndome como un preso al que le habían dado libertad condicional, con el único delito de seguir los dictados de su corazón.

La ceremonia empezó y allí estaba yo, sentada, con la sensación de que mi vida, no me pertenecía a mí. Ya me había resignado a sentirme vigilada y a que controlaran cada minuto de mi mundo.

Mientras estaba absorta en mis pensamientos, pude finalmente ver, como Kate y Peter se dieron el sí quiero. Me puse en pie a aplaudir, como un títere, sintiendo que no tenía nada que celebrar en realidad.

Llegó el tiempo de la celebración en el jardín. Había muchísimos invitados, todos divididos en grandes mesas redondas. Me senté en dónde me

dijeron y allí pude ver ajena como todos se divertían y estaban de celebración.

—Enhorabuena Kate y Peter —les dije intentando mostrar alguna alegría.

—Muchas gracias —dijo Peter.

—Gracias, Sarah. Siento mucho lo que te hace mamá, supongo que lo hará por tu bien —dijo Kate mirándome con sus profundos ojos marrones.

—No estamos aquí para hablar de eso. Disfruta de la fiesta —dije intentando sonreír por ellos.

La celebración, se alargó hasta la noche. Mi madre, iba de mesa en mesa, atendiendo a los invitados y celebrando, olvidándose de mí por momentos. Agradecí aquel momento de soledad. Me fui hacia la fuente y contemplé las estrellas. En ese momento, recordé el beso con Liam, bajo esas mismas estrellas, en estos mismos jardines, ahora adornados para la boda.

El corazón me dio un vuelco y sentí que debía irme, debía correr tras lo que me dictaba el corazón. Para liberarme, tenía que atreverme, era ahora o nunca. Debía ser valiente y empezar a controlar mi mundo. Eché a correr y me dirigí a por mi caballo. Lo encontré precioso en el establo y una alegría recorrió todo mi cuerpo. A prisa, me monté en él y crucé la puerta de salida dirigiéndome hacia el bosque.

Ya no iba a permitir que nadie manejara mi vida, ni que la dominara. Yo era la única dueña de mi mundo. La vida, era demasiado corta como para vivirla dominada por otros. Debía ir a encontrarme de nuevo con Liam. Sentía que estaba haciendo lo correcto. Debía correr tras lo que quería.

Me interné en el bosque y cabalgué sin mirar atrás entre un camino de árboles altos para llegar a la cabaña de Liam. Cabalgué durante algunos minutos, minutos que me parecieron eternos. Era de noche y por esos caminos apenas se veía. Se me empezaban a cerrar los ojos, pero seguía cabalgando y cabalgando sin encontrar la cabaña. Una parte de mí, sabía que la cabaña estaría más lejos, dando paseos con Lynn, nunca la había visto.

Paré en la cascada que había junto al bosque, di de beber a mi caballo y me lavé la cara. Estaba cada vez más cansada, así que, miré a mi alrededor y decidí recostarme escondida, detrás de la cascada. Até a mi caballo cerca de mí, con pena porque no me gustaba atarlo, pero no quería que se perdiera, y decidí continuar el camino mañana, ya que era de noche, apenas se veía y tenía sueño.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ya era de día. Decidí volver a cabalgar exhausta y famélica, así que, reuniendo fuerzas de donde no tenía, me

puse en marcha.

Como pude, pasé entre un camino de árboles y llegué hasta el final del bosque. Aquello, era desconocido para mí, sentía temor.

Pude ver que allí, al final del bosque, no había ninguna cabaña. Tan sólo había una pequeña tienda de ultramarinos de madera. Estaba hambrienta, así que, agradecí encontrarla. Entré a la tienda. Compré agua y algo de comer, con el dinero que llevaba en el bolso.

Al salir de la tienda, caí en que quizás me habría equivocado de lado, mi casa estaba en medio del bosque y había partido hacia el camino de la derecha. Ahora, tendría que ir de nuevo en dirección a la casa de donde me logré escapar y luego hacia la izquierda.

Comí, di de comer a Lynn para que tuviera también energía y empecé a cabalgar todo lo que había recorrido anoche con cuidado. Cuando llegué a la altura de mi casa, fui más deprisa por miedo a ser vista. Aceleré con el corazón a mil, por el bosque.

Pasé de largo la casa y seguí cabalgando, hacia el otro lado del bosque. Me adentré en lo más profundo del bosque y finalmente, a lo lejos, divisé una cabaña. Pensé y supliqué que fuera esa la cabaña en la que Liam vivía. Bajé del caballo y me dispuse a llamar a la puerta.

Respiré hondo y confiando en que Liam abriera, llamé a la puerta.

—¿Sarah? —dijo Liam sorprendido.

—Sí, soy yo.

—¡Has venido! ¿Pero cómo?

—Me escapé de casa por la noche, durante la boda de Peter y Kate. Mi madre, me había tenido todo este tiempo encerrada en mi habitación.

—¡Oh, Sarah! No debiste hacer eso, es peligroso —dijo Liam.

—¿No debí escapar de aquel injusto encierro? Estar allí es más peligroso, contigo me siento más segura.

—Pensé que no querías verme, no sabía que estabas encerrada —dijo Liam apenado.

—Sí, claro que quería verte, pero no podía.

—Pasa, por favor —dijo señalándome con la mano la cabaña—. Mientras, voy a llevar a tu caballo junto al mío. En la parte de atrás de la cabaña tengo un establo.

Había ansiado tanto este momento y me parecía tan imposible, que ahora que ya lo tenía tan cerca, no podía creerlo, por fin era libre. Pasé dentro de la

cabaña de madera y era todo muy rústico y acogedor. Pude oler también la cabaña de Liam, olía tan especial. En frente, había un sofá rojo. A la derecha, una mesa de madera y unas sillas de madera junto a una cocina igualmente de madera. A la izquierda, había una habitación y un baño.

Liam, una vez que llevó mi caballo al establo, entró de nuevo a la cabaña.

—Así que, esta es tu casa —dije echando un vistazo rápido.

—Sí, así es.

—Mi casa ya la conoces... Pero yo ya no puedo volver allí.

—Tranquila, puedes quedarte aquí. Para mí sería un honor y no te preocupes, yo dormiré en el sofá.

Estaba exponiendo a Liam a un peligro innecesario al tenerme en su casa. Estaba exponiéndolo todo, en nombre de este sentimiento que sentía por él, que tanto arrasaba mi vida. Este sentimiento, no me dejaba pensar con claridad, no sé qué era lo que me pasaba con Liam, pero él era mi debilidad. Tampoco quería entender qué era lo que estaba viviendo, sólo quería vivirlo. Ahora, Liam era mi hogar, todo lo demás había desaparecido.

Liam y yo nos sentamos en el sofá rojo.

—Oye, Sarah, perdón por las cosas que te dije en el establo, cuando la fiesta de compromiso de Peter y tu hermana Kate. Ya veo que me equivoqué.

—¿Por qué pensaste así de mí en ese momento?

—Verás, Sarah, cuando tu madre nos encontró afuera en el jardín, no me reconoció, pero luego, una vez que tú entraste a la fiesta de nuevo, vino a hablar conmigo para averiguar quién era. Al escucharme hablar, pudo reconocerme. Me dijo que tú eras la heredera del condado de Vagoneth y que estabas acostumbrada a tenerlo todo, me dijo que yo para ti, sólo sería un capricho.

—¿Y tú le creíste?

—Perdóname por haberla creído. Fui un estúpido.

—¡No! Tú no tienes la culpa —y dándome un suave golpe en la frente dije

— ¿Cómo no me di cuenta? ¡Estaba claro que tenía que haber sido ella!

—Al día siguiente, me sentí fatal y fui a buscarte a casa. Me dijo tu madre que no querías verme, que si quisieras verme, hubieras estado ahí en la puerta, esperándome. Me marché y ya no quise insistir más, me resigné a aceptar tu decisión.

—Te vi desde la ventana de mi habitación a lo lejos parado en la puerta. Grité todo lo que pude para que pudieras oírme, pero no pudiste.

—¡Oh! Sarah, fui a buscarte a casa porque te echaba de menos... ¡Te he echado tanto de menos!

—Y yo a ti...

—Lo que importa es que estás aquí. Aún no puedo creer que estés aquí — dijo Liam rodeándome con sus brazos.

Sentí su apoyo y su calor, me encantó volver a sentirlo cerca.

—Deben de estar buscándome por todo el condado. Tengo mucho miedo... No quiero alejarme de ti —dije acurrucada en Liam.

—Sarah, no dejaré que nada malo te pase.

VIII

—¡Los guardias vienen hacia aquí! —dijo despertándome Liam.

—¿Cómo? —pregunté asustada.

—Están registrando toda la zona. Los vi mientras fui a atender y dar de comer a nuestros caballos... Tenemos que irnos de aquí.

Me levanté de un salto de la cama y me apresuré a abandonar la cabaña. Por mi culpa, por la única culpa de guiarme por el corazón, ahora, Liam y yo teníamos que estar huyendo.

—Toma, ponte esta capa negra con capucha, así evitaremos que te reconozcan tan fácilmente si nos ven pasar —dijo Liam entregándome la capa.

—Vamos a por los caballos, rápido —dije.

Me puse la capa con capucha, de manera apresurada, cogí dos manzanas y nos montamos en los caballos. Salimos a prisa del establo, bajo el sol, en dirección hacia el bosque.

—Vamos detrás de la cascada, ahí estuve escondida anoche junto a mi caballo y no pudieron encontrarme —dije mientras cabalgábamos.

Acudimos hasta la cascada y allí pudimos descansar juntos. Lejos de los guardias no había motivos para mantener la capa sobre mí, así que, pude quitármela y la dejé a un lado.

—He traído dos manzanas, una para ti y otra para mí.

—Gracias, Sarah —dijo Liam cogiendo la manzana y dándome un beso en la frente.

Me estremecí. No tenía ninguna duda, sabía que mi lugar estaba con él, pero no quería perjudicarlo. Observé dulce como Liam, se comía la manzana, aproveché y empecé a comer también la manzana que había traído para mí.

—Vamos a tener que pasar bastante tiempo aquí escondidos, no quiero salir y que nos descubran los guardias —dije.

—No te preocupes, pasaremos la noche aquí... Será nuestra aventura, puede ser divertido —dijo Liam.

—Sí. Tú, yo, los caballos y este bosque. ¿Qué más se puede pedir?

—A mí, sólo con tu compañía me basta.

—No quiero que nadie nos encuentre —susurré.

Quería disfrutar de este momento, tenía a Liam junto a mí, en aquel lugar tan mágico para mí, pero no podía evitar sentir miedo. No quería volver a separarme de él. El destino me había regalado de nuevo estar con Liam y no quería desaprovecharlo.

—¿No has tenido nunca novia? —aproveché a preguntar curiosa.

—No. Cuando murieron mis padres me volví solitario. No quería ver a nadie y me centré en mi trabajo. Cuando te vi a ti, fue diferente. Me llamaste la atención, sentí que eras interesante para mí y tuve la necesidad de conocerte.

Me sentí halagada y me gustaba lo que estaba contestando, así que, quise preguntar todavía más.

—¿Qué fue lo primero que pensaste sobre mí?

—Lo primero que pensé sobre ti, fue que eras una hermosa criada, porque desde luego, los de tu clase social no son como tú. Pensé que tú, estabas al cuidado del caballo, pero no eras la dueña. Y tú, ¿qué pensaste sobre mí? —dijo Liam sonriendo.

—Me pareciste un tipo extraño.

—¿Extraño? —dijo Liam mirándome con esa mirada incrédula que tanto me encantaba.

—Sí, me pareciste un tipo extraño —volví a repetir.

—Bueno, yo tampoco estaba acostumbrado a tratar con mucha gente; trabajaba, iba, venía... Me disponía a atender a los animales y me marchaba.

—Mi madre, dijo que estabas acercándote a mí por interés —aproveché a decir.

—Eso no es verdad, aún si hubieras sido aquella hermosa criada, me hubieras resultado fascinante. ¡El motivo eres tú, Sarah, y eso no lo cambia tu apellido!

En ese momento, con el corazón latiéndome a mil revoluciones, le besé en los labios. Pude volver a sentir sus labios y mil mariposas revolotearon en mi interior, tenía la sensación de que el tiempo se detenía y sólo él existía. Fue realmente mágico volver a sentirlo de nuevo.

Se hizo la hora de comer y tenía hambre. No podíamos movernos del bosque, no podíamos movernos de aquel olor a oxígeno puro de los árboles y a fresco de la cascada.

—Tengo hambre, sólo alcancé a coger las dos manzanas.

—Yo también tengo hambre. No te preocupes, iré a buscar algo de comer,

quédate aquí con tu caballo y por nada del mundo te asomes.

—Ve con cuidado, por favor.

—Tranquila, Sarah, te prometo que volveré tan pronto como pueda —dijo dándome un beso en la frente.

Lo vi marchar hasta donde me alcanzaba la vista y acaricié a mi caballo, ansiosa, esperando su regreso.

Me mordía las uñas y miraba para todos los lados deseando obtener de vuelta aquella compañía que me hacía tanto bien.

Finalmente, mi cuerpo volvió a destensarse al observar feliz como Liam, aparecía de nuevo en nuestro escondite del bosque, junto a su caballo.

—Por suerte, no he visto a ningún guardia. He traído esto para comer —dijo Liam agitando una bolsa.

—¿Qué es?

—Sólo son unas latas de comida en conservas, entré con cuidado en la cabaña y pude cogerlas.

—Gracias, Liam —dije abrazándolo.

Empezamos a comer las latas de comida y nos las acabamos de comer muy rápido. No eran lo más maravilloso que había probado, pero agradecía a Liam por haberlas traído y poder comerlo.

—Sarah, eres la heredera de este condado y deberías volver. No puedes renunciar a tantas cosas por estar conmigo —dijo Liam.

—¿Qué? ¿Por qué? —contesté perpleja.

—Mientras iba a por las latas de comida, pensé que no debíamos estar escondiéndonos. No estamos haciendo nada malo, sólo nos amamos.

—Sé que no es nada malo, pero mi madre no entiende que ya no soy una niña.

—¿Y qué vamos a estar toda la vida escondidos? —dijo Liam.

—¿Hay alguna otra opción? —pregunté.

—Casémonos.

Mi corazón me dio un vuelco y me quedé unos segundos en silencio, asimilando su respuesta. No esperaba aquella respuesta, aquello me había sacudido como un terremoto en todo el interior.

—¿Lo dices en serio? —pregunté casi sin habla.

—Sí, Sarah. Estoy hablando totalmente en serio —respondió Liam.

—Está bien, nos casaremos.

En ese momento, Liam me levantó y me abrazó en el aire, dándome vueltas

sin parar. Liam se encontraba feliz y yo también, de verlo feliz a él. Finalmente, Liam me dejó en el suelo y lo abracé cerrando los ojos, para poder sentir este momento. Pensé que era tan feliz a su lado, que todo lo que había pasado en la vida, había tenido sentido sólo por estar ahora con él.

—¿Vamos a pasar aquí la noche? —pregunté al atardecer.

—Sí, ya te dije que sería nuestra aventura. He traído comida de sobra.

Nos quedamos contemplando el atardecer, con la única compañía de los caballos a nuestro alrededor, respirando aire puro y felicidad.

—Me encantan tus ojos azules —dijo Liam apartándome el pelo de los ojos.

—A mí, me encantan los hoyitos que hacen tus mejillas cuando sonríes —respondí.

—Me encanta tu manera de caminar —dijo Liam sonriendo tímidamente.

—No quiero que te sueltes nunca de mi mano —dije.

—No lo haré, sabes que vivirás en mi corazón eternamente.

Cuando ya casi era de noche, pude ver una araña negra gigante, acercándose hacia el lugar donde estábamos Liam y yo sentados. Presa del pánico, me levanté de un salto.

—¡Una araña! ¡Una araña! ¡Me dan muchísimo miedo las arañas! —grité angustiada.

—Tranquila, quédate detrás de mí.

Liam, cogió una pequeña rama caída de algún árbol del bosque y la intentó sacar de dónde nosotros estábamos. Pude ver con angustia que la araña, empezó a trepar por la rama y entonces, Liam, soltó la rama.

Al poco rato, pude notar que algo se movía por mi pierna, angustiada, me sacudí y noté un fuerte picotazo.

—¡Ah! —grité.

—¿Estás bien? —preguntó Liam asustado.

—Sí, tranquilo, habrá sido sólo la sensación de la araña, me habré sugestionado.

IX

Desperté de noche en el bosque. Estaba confusa y sentía escalofríos. Noté que tenía fiebre; estaba ardiendo. Pude fijarme en mi pierna, estaba hinchada, muy roja y me picaba.

Al estar moviendo tanto mi pierna, Liam, se despertó y se fijó en mi sudorosa, pálida y mala cara para posteriormente fijar la vista en mi pierna. Antes de que yo pudiera decir nada, me llevó corriendo en su caballo a la cabaña. Atravesó todo el bosque a prisa, llevando a la misma vez a mi caballo Lynn. Él, sabía que esto lo había provocado la araña, pero él, no era médico, era veterinario. Yo, no quería que Liam avisara a ningún médico del condado; ni eran horas, ni tenía fuerzas para ir a ningún lado, ni tampoco quería que me descubrieran. Quería que Liam, avisara a mi padre, para que pudiera curarme, en secreto, así que, se lo dije.

Liam, me dejó un paño de agua fría en la frente, me miró con pena antes de marcharse y fue hacia mi casa a buscar a mi padre.

Sentir el frío de ese paño en la frente, alivió un poco la sensación de ardor que tenía, pero al pasar los minutos, el paño se fue volviendo más y más caliente.

Al cabo de un buen rato, Liam entró con mi padre en la habitación. Las lágrimas iban corriendo por mis mejillas al ver a mi padre por fin en la habitación.

Pude ver que mi padre, me puso un antídoto con rapidez.

—El veneno ha avanzado mucho, pero con este antídoto te tendrías que poner bien —dijo mi padre.

—Tranquila, estoy aquí contigo —dijo Liam acariciándome la cara.

La fiebre no bajaba y yo continuaba sudando y moviéndome en la cama. Liam me tomó de las manos.

—¿Cómo has podido hacer que viniera mi padre? —dije sintiéndome débil.

—Llegué a tu casa y dije que quería ver urgentemente a tu padre. Tu madre, salió a recibirme y me dijo que era imposible, no la hice caso y accedí

hasta el salón. En el salón, grité el nombre de tu padre hasta que, por fin, salió a recibirme. Él, amablemente accedió a hablar conmigo. Lejos de la mirada de Prudence, le conté lo que pasaba y vinimos rápido hacia aquí —contestó Liam.

—Papá, ¿por qué mamá hace esto? —musité.

—Verás, no voy a perder más tiempo, hay algo que debes saber, por si te pasara algo... No me perdonaría habértelo ocultado. Tú madre, no ha sido del todo sincera contigo...

—¿Qué? —pregunté sin fuerzas.

—Tú, no eres hija mía, me lo dijo tu madre cuando tenías diez años.

—¿Cómo? —pregunté aturdida.

—Te había cogido mucho cariño desde que naciste, creyéndote hija mía. Te hiciste de querer, eras tan cariñosa y tan noble... Tu madre no podía soportar que tú, que no eras hija mía, fueras a heredar el condado.

—Y, ¿Quién es mi padre en realidad? —susurré débil.

—Tu padre es David Hiseld —suspiró—. Tu madre, antes de estar conmigo, era la prometida de David, luego, me conoció a mí y nos hicimos pareja. Yo no sabía que estaban prometidos... Tu madre, Prudence, siempre se ha lamentado de que tú no fueras hija mía.

Aquello había sido un golpe muy duro para mí. ¿Cómo podían haberme ocultado algo tan importante? No merecía haber estado viviendo una mentira. Sentía rabia, todo mi pasado había estado condicionado por una mentira.

Me sentía muy débil y Liam, no se apartó de mi lado, sentía que estaba ahí, junto a mí, justo cuando más lo necesitaba. Me sentía confusa y todavía más aún con aquella revelación de mi padre. Me ardía el cuerpo y las sábanas se me pegaban. No podía más y apreté fuerte las manos de Liam.

—No me arrepiento de haberte conocido —susurré—. Tengo miedo... No quiero tener que irme, no ahora —dije mientras apretaba las manos de Liam.

—Tú no te puedes ir... El destino, no puede hacernos esto —dijo Liam con los ojos llorosos besándome las manos.

Al verlo tan emocionado, se me partió el alma y empecé yo también a llorar. Liam me abrazó.

—No llores, todo saldrá bien —dijo mientras me abrazaba.

Necesitaba una prueba de que todo saldría bien, no sabía lo que podía pasarme y de sólo pensar en lo peor que podía pasar, me venía completamente abajo. No quería dejar a Liam solo, él había sufrido tanto... Había tenido que vivir tan solo, que ahora que me había encontrado a mí, no podía abandonarlo

así. Me negaba a que esto fuera el final.

—Te vas a poner bien, el antídoto hará su efecto, ya lo verás. Eres fuerte y lo has demostrado —dijo mi padre.

Sonreí. Intenté luchar con todas mis fuerzas. No podía fallar ahora, debía intentar con toda el alma seguir viviendo.

Con el pasar de los minutos, la fiebre fue bajando y poco a poco me iba sintiendo mejor. Mi padre me revisaba con la misma dedicación de la que Liam cuidó de mi caballo.

—Por favor, no le digas nada de esto a mamá. No le digas que has estado aquí, ni que me has visto —pedí suplicante.

—Descuida. Tu madre cree que ya no te encuentras en el condado. Ha mandado a los guardias a registrar todo el condado y como no has aparecido por ningún lado cree que ya no estás. Quiero que sepas que para mí siempre vas a ser mi hija.

Abracé fuerte a mi padre antes de que partiera hacia casa.

—Por fortuna te has recuperado, yo ya me temía lo peor... No hubiera soportado la idea de perder de nuevo a lo que más quería —dijo Liam.

—No me vas a perder. Yo voy a estar a tu lado, pase lo que pase.

—Ahora descansa un poco —dijo Liam.

—Y tú también... Que no has dormido nada y tienes un aspecto muy cansado —dije sonriendo tiernamente.

—No me importa, lo importante eres tú —dijo mientras me daba mi beso de buenas noches.

Abrí los ojos, ya era por la tarde. Pude notar que me encontraba mejor, me puse en pie con cuidado y fui hacia el salón. Encontré a Liam sentado en el sofá.

—¿Qué haces aquí, Sarah? —dijo Liam extrañándose de verme.

—Quería estar contigo —respondí

—Tienes que descansar.

—Puedo descansar aquí contigo —dije.

Me senté junto a él, en el sofá rojo y estuvimos acurrucados toda la tarde, sintiéndonos afortunados de poder estar juntos.

Llegó la hora de la cena, Liam estaba preparándola y me llegaba un suave olor a cebolla.

—Esta vez, comeremos algo mejor que las latas de la última vez —dijo Liam riéndose desde la cocina.

—Sorpréndeme —dije desde el sofá.

Mientras estaba sentada en el sofá y me encontraba divagando preguntándome por qué mi madre había estado ocultándome toda la vida el gran secreto que mi padre me había revelado, Liam me llamó para cenar.

—Está buenísimo —dije saboreando la comida.

—Sí, se me olvidó decirte que soy un gran chef —dijo sonriente Liam.

Liam, había preparado una gran ensalada de patata, con huevo, queso y cebolla. La había aderezado con hierbas aromáticas y estaba acompañado de un poco de lechuga. Me pareció que estaba todo riquísimo.

Después de la cena, Liam, puso música de la gramola, me rodeó con sus grandes brazos y comenzamos a bailar en medio del salón de la cabaña.

Nos sentíamos vivos a cada paso que dábamos. Era como si fuéramos dueños de un lenguaje del que no se necesitaban las palabras. Era como si nuestros cuerpos hubieran conectado y bailaran ahora al mismo son. Supongo que era el lenguaje de nuestros corazones conectándose mediante el baile.

Llegó el día siguiente y Liam preparó el desayuno, eran tortitas, que tanto me gustaban. Las había preparado especialmente para mí. Las comimos y los dos disfrutamos de nuestra compañía en la mesa.

—Me gustaría enseñarte algo, ven conmigo —dijo Liam.

Le seguí y fuimos juntos hacia la parte de atrás de la cabaña.

—Este es mi lugar favorito —dijo Liam.

—¿Un cuarto al lado del establo? —pregunté extrañada.

—No... Para mí no es sólo un cuarto al lado del establo —dijo Liam acercándose hasta una estantería de madera— Esta, es la urna con las cenizas de mis padres, las puse juntas porque para mí, ellos deben estar eternamente juntos.

—¡Oh! —dije impresionada.

—Ellos, no han tenido la suerte de conocerte, seguro que les hubieras caído muy bien, eres una chica encantadora —dijo dejando la urna con las cenizas de nuevo en la estantería.

—Me hubiera encantado conocerlos.

—A veces, cuando me sentía solo, entraba a este lugar y sentía que ellos podían oírme, sentía que ellos estaban ahí cuidándome, podía sentirlos cerca.

Lo abracé, sentí su dolor y que debía acompañarlo y hacerle sentir que no estaba solo.

—Nadie sabe lo que tiene, cuando tiene a su familia. Recuerdo el día de

mi siete cumpleaños, cuando, mi papá me regaló aquel caballo de juguete que yo tanto esperaba. Me sentía tan feliz...

Observé el caballo de juguete posado sobre la estantería y me derrumbé, las lágrimas brotaban de mis ojos sin poder parar de detenerlas.

—Pero así es el destino. Si el destino lo ha decidido así... ¿Qué gano yo lamentándome? Quería enseñarte este lugar, igual que tú me enseñaste tu lugar favorito, ese tan especial que no compartes con nadie.

X

Me levanté feliz; sabía qué día era hoy. Fui hacia el establo a ver a mi caballo, acariciarle y darle de comer.

—A tí, Lynn, te debo lo más hermoso de mi vida. Gracias a ti, pude conocer a Liam y fíjate, hoy ya nos vamos a casar... Gracias, también por haberme enseñado lo que era la verdadera libertad.

Lo acaricié sin a penas creer que este día ya hubiera llegado. Hoy, iba a convertirme en la esposa de Liam. Sabía que no vendría nadie a la boda, pero eso a mí no me importaba, con tener a Liam allí, era suficiente para mí.

Recordé la boda de mi hermana con Peter Hiseld, con la peculiaridad de que, Peter, ahora se había convertido en mi hermano. Mis dos hermanos estaban casados, aunque, no tenían parentesco entre ellos, conmigo si guardaban una relación familiar. Peter Hiseld, llevaba también mi sangre. Pensé también que no quería saber nada de mi verdadero padre, él nunca me había reclamado, ni había querido acercarse a mí. Para mí, mi padre, hoy y siempre, sería Charles.

Me arreglé ilusionada, me puse el vestido de novia en la apaciguante soledad de la cabaña. Liam, había preferido que nos encontráramos en la iglesia, y yo también lo prefería así, quería que cuando me viera entrar, se quedara verdaderamente impresionado.

Salí de la cabaña a caballo, lo amarré en la puerta y cuando logré llegar a la iglesia y poner un pie en ella, ahí estaba Liam, esperándome, elegantísimo.

Caminé hacia el altar, emocionada y nerviosa. Por fin íbamos a casarnos y ya nada, ni nadie podría separarnos.

La música sonaba a mi paso y Liam aguardaba sonriente mi llegada.

—Estás preciosa —dijo Liam sonriendo con los ojos iluminados cuando finalmente llegué hasta él.

—Tú también —dije sonriendo con timidez.

—He traído a alguien —dijo Liam.

En ese momento, para mi sorpresa, apareció mi padre, Charles.

—¡Papá! —grité.

Lo abracé fuerte intentando no llorar; no quería ser la novia del maquillaje corrido.

—¡Has venido! —dije sonriendo emocionada.

—Sí, Liam me avisó, vino a buscarme a casa, y le he dejado el traje que usé para mi boda —dijo mi padre.

—¡Vaya! —exclamé.

La ceremonia comenzó y Liam y yo nos mirábamos cómplices, deseosos de convertirnos en marido y mujer. No podía creer la suerte que había tenido de conocerlo.

—Sí, quiero —dije.

—Si, quiero —dijo Liam.

Acabamos la ceremonia, ya convertidos en marido y mujer. No podía creerlo, al fin, al casarme era libre, aunque sonara contradictorio.

Enfilamos la puerta de salida de la iglesia felices y agarrados, cómplices del momento.

En la salida de la iglesia, para mi sorpresa, pude ver a mi madre, Prudence, junto a los guardias.

—¡Guardias, deténganla! —gritó Prudence.

En ese momento, con el corazón latiéndome fuerte, miré a Liam, y huimos hacia el bosque. Los guardias y mi madre Prudence, venían persiguiéndonos detrás.

Empezó a llover débilmente, pero seguíamos huyendo, huyendo por la única culpa de habernos enamorado, huyendo por defender nuestro amor.

Seguíamos corriendo y huyendo por el bosque ahora rociado por una leve llovizna, con olor a tierra mojada.

—¡Estamos casados, ya no nos puedes separar! —gritó Liam.

Yo seguía corriendo, asustada y sin querer mirar atrás, pero en ese instante, el disparo de una flecha alcanzó a Liam. Al oír como Liam caía a mi lado me giré a mirar hacia el lado, sobresaltada.

—¡No! —grité desolada.

Me agaché y me puse de rodillas, junto a Liam que yacía en el suelo.

Me giré hacia atrás con rabia y pude ver con asco la cara de mi madre. La vi temblorosa, echándose las manos a la cara, como arrepentida, supongo que llevada por los remordimientos de lo que había hecho. Acto seguido, vi como los guardias se la llevaron mientras ella y yo nos mirábamos fijamente.

En ese momento, me arranqué el tirante del vestido y le hice un torniquete

a Liam en la pierna, como mi padre me había enseñado, estaba perdiendo mucha sangre y no había tiempo que perder.

Mi padre, Charles, logró llegar hasta donde estábamos nosotros.

—No le quites la flecha. Rápido, vamos a llevarlo a la cabaña —dijo Charles.

Lo llevamos rápidamente a caballo hasta la cabaña, pero por el camino el mundo se me vino abajo, ya casi no lograba escuchar, ni ver con claridad el camino, todos mis sentidos estaban viniéndose abajo. Todos mis pensamientos estaban centrados en Liam. No podía pasarle nada, no debía pasarle nada.

Una vez que llegamos a la cabaña, entre mi padre y yo, tumbamos a Liam en la cama. Mi padre, me pidió que trajera algunos paños y alcohol.

—Voy a desinfectar la herida —dijo mi padre.

Miré atentamente a Liam mientras le acariciaba la cabeza.

—No pasa nada, todo saldrá bien —le dije dulcemente intentando transmitirle calma.

—Voy a tener que coserle la pierna —dijo mi padre.

No me separé ni un segundo de su lado, le cogía de la mano y estaba junto a él para que ese trance que le estaba tocando pasar, pasara lo mejor posible. Sentía dolor de verlo sufrir, no quería que él tuviera que estar ahora pasando por esa situación, no quería que por culpa de mi madre, ahora él llevara este dolor.

Cuando mi padre acabó de desinfectar y coser la pierna de Liam, quiso ir al salón a hablar conmigo.

—Perdóname por no haber actuado antes, por no haber detenido todo esto que tu madre te estaba haciendo. Yo, como conde de Vagoneth, no debí permitir esto. Tu madre, me convenció de que ella estaba haciendo lo correcto, de que esto que tú hacías no era bueno para el condado. Tu madre me convenció de que tú, eras una jovencita caprichosa e irreverente. Una parte de mí, apoyaba tu decisión, al ver el amor que os teníais, Liam y tú, pero la otra parte de mí, amaba a tu madre. Para mí era muy difícil decidirme. Hoy, vi que tu madre había ido demasiado lejos. Perdóname. Yo, ya no voy a permitir que nada se interponga en tu felicidad. Desde hoy, tienes mi permiso y mi lealtad, la misma que tú nos has demostrado a todos, siguiendo firmemente los dictados de tu corazón.

—No tengo nada que perdonarte, papá.

Pasé a ver a Liam a su habitación, lo encontré reposando, algo adolorido

pero empezó a hablar susurrante:

—Mientras estábamos huyendo, miré hacia atrás, para decirle a tu madre que estábamos casados y que ya no podría separarnos. En ese momento, pude ver cómo su rostro se tornaba en rabia, cogió el arco con flechas de un guardia y disparó. Pude ver que la flecha iba en dirección hacia ti, y yo, me puse en medio para protegerte, hubiera dado mi vida por ti, si hubiera hecho falta. Te dije, que no dejaría que nada te pase —dijo Liam en tono muy débil.

Lo abracé con cuidado y me senté a su lado contemplándolo sonriente mientras lo acariciaba.

—Te amo, Liam.

Recordé feliz que ya no habría ningún obstáculo que nos impidiera ser felices.

Al día siguiente, Liam, ya estaba más recuperado y yo estaba muy feliz y agradecida de poder verlo bien. Se sentó en el sofá con cuidado y yo me senté con él.

—Aunque ahora ya podamos volver a mi casa, prefiero que nos quedemos aquí, porque no necesito nada más para ser feliz, sólo con tu compañía, todo lo demás carece de valor. Ahora, esta también es mi casa, nuestra casa.

—Siempre ha sido tu casa —respondió Liam.

Sonreí.

—Me encanta robarte sonrisas —dijo Liam.

—A mí me encanta que estés aquí, conmigo —respondí.

Una vez leí que la felicidad está dentro de uno mismo y que, estamos tan ocupados buscándola fuera que no nos damos cuenta de que ya la llevamos con nosotros mismos. Ahora sé que la felicidad está donde tú la quieras encontrar.